

ae fervidos Sacerdotes, clērum omnem, ordinem ac populum suis precibus, lacrymis, clamoribus concentibusque in illo templo præcelsam hanc Virginem veneraturos. Quid vero? nonne ab hominum memoria usque adeo pietas ac religio huius populi nunquam efferbuerat? Per mensem integrum novus in dies singulos populorum concursus coneedebat. Imo, videntes testes adhibeo, quem latet omni tempore, per totum anni decursum, ex omnibus coetibus, ex omnibus urbibus, ex quacumque classe hominum huc turbas innumerabiles adventare?

Sileat ergo vesana impletas, obturentur protervorum ora; imo vero resipiscant. Ni hoc fiat, sciant tamen, qui se mexicanum dicit, in deliciis habere, quod Tantæ Matris filius nominetur et sit.



DISCURSO

Pronunciado en la Velada literaria celebrada en México el 31 de Octubre de 1896, primer aniversario de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, por el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González.

Ilmos. y Rmos. Señores:

INVITADO hace dos días por la honorable Comisión que ha organizado esta fiesta, para dirigiros la palabra en la presente Velada, no pude rehusarme á su bondadosa súplica, á pesar de las grandes dificultades que se me ofrecían para llenar debidamente mi cometido.

Se trataba, en efecto, de cooperar á la conmemoración de un suceso que, inscrito en las páginas de nuestra historia con la luz bellísima de la verdad, es á la vez una de las glorias más puras de la Religión y la honra y alegría de nuestra Patria. Por lo mismo, todo corazón

mexicano que no esté marchitado con el virus emponzoñado del siglo, no debe latir sino para engrandecer, á la vista de todos los pueblos, el dón divino que hemos recibido en la augusta montaña del Tepeyac, y perpetuar con entusiasmo su dulce recuerdo en las generaciones futuras. Por esto, señores, sobreponiéndome á todos los obstáculos, y animado con vuestra notoria indulgencia, me he atrevido á comparecer ante vosotros en esta noche, para dirigiros, no un discurso enal merece vuestra exquisita ilustración, sino algunos pobres conceptos destituídos de toda belleza oratoria, y que no tienen otro título para que los acojais benignamente, sino el noble objeto á que se enderezan; esto es, celebrar con purísimo gozo la gran ventura de México por la maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Sí, oh Patria querida! al ver tus montañas coronadas de nieve; al contemplar tus frondosos bosques y alegres campiñas; al esnechar el sonoro cantar de tus aves y el suave susurro de tus fuentes cristalinas; al recorrer las inmensas riquezas que encierras en tus entrañas, y sobre todo, al contemplar el hermoso

azul de tu Cielo sembrado de relucientes estrellas, no puedo menos de admirar la bondad del Señor, que ha querido ataviarte con tan ricos y espléndidos tesoros en el orden de la naturaleza. Pero entre estas joyas de inestimable valor con que te levantas llena de hermosura entre las demás naciones, hay una que sobrepuja á todas y que te distingue como á la hija predilecta del Altísimo.

En otro tiempo, el pueblo de Israel fué escogido por el Señor para ser entre todas las naciones un monumento perenne de su ternura y de su especial predilección. En la cima del monte Sinaí, cubierto de densas nubes y surcado por relucientes relámpagos, le mostró el Señor su gloria. Allí le dictó el Código Sagrado de sus leyes y le hizo sentir su voz, que le revelaba los secretos de su Corazón y que debía servirle de luz indeficiente durante su peregrinación en este destierro. Y tú, oh dulce Patria mía, en la montaña del Tepeyac has recibido un favor semejante, pero que revela con más expresión la ternura con que te ha distinguido el Altísimo entre los demás pueblos de la tierra.

Tocaba á su fin el venturoso año de

1531, cuando á la voz de Dios abriéronse los Cielos, y la Santísima Virgen, llena de belleza y majestad, descendió á esa augusta montaña para visitarte.

Está eserito en el Libro de los Salmos que los montes saltaron de júbilo á la preseneia del Señor; pues de la misma manera las montañas del Tepeyac se estremecieron de gozo á la Aparición de tu dulce Reina; y para celebrar su presencia, sus ásperas rocas, á pesar de un riguroso invierno, se engalanaron con todo el verdor y pompa de la primavera; sus áridas eimas, cubiertas de seca tierra y duros peñascos, se eubrieron repentinamente de frescas flores y fragantes rosas para tender una magnífica y delicada alfombra á sus celestiales plantas; los Cielos narran también su gloria, esto es, cuanto hay de bello, de sublime, de grande y admirable en la ereación, todo vino á rendirle humilde vasallaje; los rayos más puros y más claros de la aurora forman una corona sobre sus virginales sienes; el sol destella á sus espaldas sus más esplendorosos rayos para formarle un trono; el iris, sobre una nube ligera, tiende en gracioso semicírculo sus vistosos colores para for-

marle un magnífico dosel; el bello azul del firmamento reflejado sobre la tersa superficie de los mares, cuando están en calma, da color á su manto de Reina, que sembrado de lucientes estrellas desciende profusamente de su carifosa cabeza; las rosas tiñen con su suave púrpura su modesta túnica; la luna apaga sus resplandores y viene á colocar su menguante disco bajo sus delicadas plantas; fimbrias de oro fino y reluciente, adornan todas sus sagradas vestiduras, y un querubín, un feliz habitante de otros mundos, sostiene ufano con sus poderosas alas desplegadas todo el hermoso y celestial conjunto.

¡Qué bella se te presenta, oh Patria mía, la Santísima Virgen! Es que el Señor te ama como á las niñas de sus ojos, y por eso quiso reservar para ti esa prueba singular de su ternura; y si quieres saber cuáles son sus amorosos designios al dispensarte este favor, te los diré brevemente.

Mira: quiere el Señor que seas toda de María; quiere que en su dulce regazo, como en el de una Madre querida, abras tu inteligencia á los hermosos esplendores de la fe; quiere que de sus la-

bios escuches lecciones de vida eterna, que transformen tu corazón en un huerto florido de todas las virtudes cristianas; quiere que en su pecho deposites tus penas y alegrías, y que bajo su maternal cuidado y con la dulce confianza de un pequeñuelo, recorras todas las sendas del bien y del verdadero progreso que civiliza á los pueblos; en una palabra, quiere el Señor que unida estrechamente á la Santísima Virgen de Guadalupe, recibas por su medio todos los bienes que pueden hacerte feliz en el tiempo y en la eternidad.

Y para que estos amorosos designios no se te olviden, ha querido dejarte su sagrada Imagen pintada milagrosamente en la tosca tilma de Juan Diego.

Contempla, Patria mía, esa Imagen celestial; es la más dulce, la más piadosa, la más benigna y atractiva que vieron jamás los ojos de los hombres. Por medio de ella quiere el Señor significarte cuáles son los principales cuidados y desvelos que la Santísima Virgen, como tu augusta Reina, viene á desempeñar en favor tuyo, y cuáles los sagrados deberes que á ella te ligan.

En efecto, es voluntad del Señor, en

primer lugar, que seas toda de María; pero toda, por medio del amor y del amor más puro. Por esto ha querido en su Sagrada Imagen hacerte entrever algunos destellos de su hermosura, como en la Isla misteriosa de Patmos se los descubrió al Discípulo amado. ¿No ves su delicada cabeza? es hermosa como el Monte Carmelo. ¿No ves sus purísimos ojos? son más bellos que los ojos de las palomas que se miran en las corrientes de las aguas. Pero para qué afanarme en describirte su hermosura cuando uno de tus ilustres hijos, el inmortal Cabrera, lo ha hecho con admirable perfección?

Escucha su voz, y él te dirá: «que su rostro bellissimo y de color que tira á moreno, es proporcionado y concurren con él hermosura, suavidad y relieve: que le añaden mucha belleza unos perfiles que se advierten en los ojos, nariz y boca, dibujados con todo el primor del arte: que la frente es proporcionada, las cejas son delgadas y algo arqueadas, los ojos bajos y con una majestad apacible, tan amable, que á mi juicio, es lo más hermoso de su rostro soberano. Que la nariz está en correspon-

diente proporción á las demás partes; la boca tiene los labios muy delgados, aunque el inferior se levanta un poco en gracioso ademán de quien sonríe. Que el colorido de las mejillas es sonrosado y poco más moreno que el de la perla; la garganta es redonda, la boca perfecta y el conjunto una hermosura que arrebatara el corazón por los ojos.»

Al contemplarla, pues, ¡oh Patria mía! recuerda que debes amar á la Santísima Virgen de Guádalupe; y después del amor á Dios, debe reinar en tu corazón el amor más puro hacia Ella. ¡Oh qué deber tan dulce se te impone! El amor á la Santísima Virgen ennoblece los sentimientos del alma; es la alegría en las penalidades de la vida, la paz y sosiego en las turbulencias del mundo. Conserva al niño la hermosa fragancia de la flor de la inocencia; á las tímidas vírgenes el delicado perfume de la pureza; á los casados el casto aroma de la vida conyugal; á los Sacerdotes y Religiosos el olor de los collados eternos, y á todos los cristianos el aroma suave de Jesucristo.

En segundo lugar, es voluntad del Señor que reine en ti la Santísima Vir-

gen con el reinado de la Oración: por esto en su Sagrada Imagen se te presenta en actitud de orar, con el exterior bien compuesto, penetrado de grande reverencia y con las manos juntas al pecho. ¡Oh qué lección tan hermosa y tan útil para tu verdadero engrandecimiento!

El Profeta Jeremías, sentado á la sombra de los muros de la Ciudad Santa, anunciaba como causa de la degradación de las naciones la falta de oración. «Llena está de males, decía, toda la Tierra, porque no hay quien piense en Dios.» Por el contrario, la oración, sobre todo si es pública y une en estrecha alianza á todos los fieles, es una fuente segura é inexhausta del verdadero engrandecimiento. Cual suave rocío del Cielo comunica á los tronos y á la autoridad de los gobernantes la savia divina del Evangelio, que los hace florecer y dar sazonados frutos de justicia. Santifica las leyes transformándolas en fieles trasuntos de la razón eterna de Dios. Hace brotar en medio de los pueblos la oliva hermosísima de la paz. Se abren á su influjo las puertas de la celestial Jerusalén, y esa luz bellísima que la ilumi-

na y que brota del Sol eterno de Justicia, descende abundantemente sobre ellos, haciéndoles comprender su verdadera nobleza y la sublimidad de sus futuros destinos. A los destellos de esa luz divina, huyen las sombras de las vanidades del mundo, pierden sus encantos los vicios, y aparece en toda su belleza la grande felicidad que hay en ser todo de Dios, y no vivir en la Tierra sino para descansar en el Cielo. Por esto ¡oh Patria mía! abre tu corazón á estas celestiales lecciones, y jamás apartes tus miradas de la Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe. Cuando las olas impetuosas de este siglo corrompido intenten apartarte del Señor, recuerda que tu dulce Madre te enseña que debes siempre estar en vela y orar, para que no te precipites en el tenebroso abismo de la perdición.

En tercer lugar, es voluntad del Señor que reine en ti la Santísima Virgen por medio del reinado de la Cruz. ¡No vez que su celestial Imagen tiene en su cuello purísimo una pequeña crucecita? quiere con esto alentar á todos tus hijos á que lleven con alegría la Cruz de su propio estado, y enseñarte que si

quieres ser feliz, además del espíritu de oración, has de procurar que reine en ti el espíritu de Cruz.

El Apóstol San Pablo, incomparable maestro y doctor, tenía á Jesucristo en la Cruz, por las delicias de sus amores, por tema de sus sermones, por blanco de todas sus glorias, por término de todas sus peticiones en este mundo y por el premio de todas sus esperanzas en la eternidad. «Yo entiendo, decía, que no sé otra cosa que á Jesús crucificado. No me suceda que me gloríe en otra cosa que en la Cruz de mi Jesús. Y no creais que yo tenga otra vida que la Cruz, porque os aseguro que yo miro y siento de tal suerte la Cruz de mi Salvador, que por su gracia estoy totalmente crucificado al mundo y el mundo está crucificado para mí.»

Dichosos los pueblos en cuyo corazón florezca este espíritu de Cruz, y que puedan exclamar con las mismas palabras del Apóstol San Pablo. Ellos caminan seguros por la senda que conduce á las playas felices de la eternidad, enviándole desde este destierro ardientes suspiros. Van coronados de honra y de gloria, ostentando en sus sienes los laureles

de las victorias que han alcanzado sobre sí mismos: victorias, señores, mucho más ilustres que los gloriosos triunfos de todos los héroes del mundo; porque destruyen el imperio de las pasiones y establecen en su lugar el trono de la justicia, en donde reina Jesucristo con toda la abundancia de sus dones y con todas las riquezas de su poder.

Ya ves por todo esto, ¡oh dulce Patria mía! cuán grande es tu ventura y con cuánta razón el inmortal Pontífice Benedicto XIV te ha proclamado la más dichosa de todas las naciones! Guarda, pues, en tu corazón, como el más precioso tesoro, la piadosa creencia en la Aparición Guadalupana, que has recibido en el amoroso regazo de la Iglesia, de los labios de sus celosos Pastores; y como la Esposa del Cantar de los Cantares, que deseaba ardientemente estar siempre bajo la sombra de su Amado, y gustar allí sus delicados frutos, así tú, jamás te apartes de la dulce compañía de la Virgen Guadalupana, y bajo su sombra despliega enhorabuena en el sendero de la civilización, los más inestimables tesoros con que te ha enriquecido el Cielo. El nombre de la San-

tísima Virgen de Guadalupe, invocado por tus labios, guardará tus fronteras de la invasión de los enemigos; fertilizará tus campos, cubriéndolos de ricas mies; llenará la inteligencia de tus sabios con los exquisitos frutos de la sabiduría; inspirará las artes, haciendo que te enriquezcan con monumentos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento; en una palabra, te hará una nación grande y feliz, y al contemplarte los pueblos de la Tierra, formarán tus alabanzas y glorificarán con entusiasmo á tu dulce Reina.

¡Oh Madre Santísima de Guadalupe! permíteme que al concluir, lleno de amor y alborozo, te diga con uno de tus amantes hijos: Tú eres, hermosísima Señora, nuestra esperanza, asilo y refugio: Tú, la gloria de la América, la alegría de México, el honor de nuestro pueblo. Tu nombre ¡oh María de Guadalupe! es más apacible á los oídos que la música más armoniosa: más dulce en los labios que la sabrosa miel, y en el corazón, amoroso y tierno sobre todo lo amable de las criaturas.

Bendígante las fuentes de los valles, canten tus alabanzas los astros de la ma-

ñana, y desde ese trono de amor en que te encuentras entre nosotros, bendice á la Nación Mexicana; bendice á la Iglesia; bendice al Representante del Vicario de Jesucristo; bendice á todas las familias aquí presentes, especialmente á las personas que han procurado honrarte de un modo especial en esta Velada; guarda nuestros nombres en tu Corazón amoroso: en él queremos vivir, en él queremos morir, y despertar al suave arrullo de tus caricias, en las mansiones bellísimas del Cielo.

LA OLIVA DEL TEPEYAC.

Soneto pronunciado en la Velada literaria celebrada en México el 31 de Octubre de 1896, primer aniversario de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, por el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis, Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón.

La que en los campos de Judá crecía
Prenda de paz, oliva misteriosa,
Aquí en el Tepeyac cubre frondosa
A los Pastores de la Patria mía.

Al monte santo mi fervor me guía,
En busca, no de purpurina rosa,

Sino á pedir un ramo de la hermosa
Planta celeste á la gentil María.

Cual la paloma al regresar al Arca
Mensajera de paz y de contento,
Ramo de oliva le llevó al Patriarca.

Así al cesar el ímpetu del viento,
Que amenazaba sumergir mi barca,
Con la oliva de paz hoy me presento.

VIRGO PARENS

Himno litúrgico del Sr. Canónigo Dr. D. Leopoldo Ruiz, cuya música es del Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez.

Virgo Parens, hic apparens
Indo Ioanni Didaco;
Ei pandebas et praebebas
Bonae Matris viseera.

Templum poscis et exposcis
Mexicanis gentibus:
Hic te velle, ut querelae
Nostrae gentis audias.

Matrem bonam et Patronam
Dulcem et amabilem
Te dixisti; et promissisti
Esse nobis omnibus.

Virgo mira, solve dira
Peccatorum vincula
Huius gentis, quae portentis
Dulcis Almae erigitur.

Coronata et conclamata
Imperatrix Mexici,
Nos amantes et laudantes
Tu custodi filios

Te ductrice et adiutrice,
Fidem falli nesciam,
Et amemus et servemus
Conquassato daemone.

Pater Deus, Fili Deus,
Deus Alme Spiritus,
Per aeterna nos gubernas
Saecula Deus Trinitas.

Amen.

ÍNDICE

Prólogo.....	V
Reseña de la función.....	1
Acta de la Coronación, leída por el Notario Público Lic. D. Juan M. Vilela.....	23
Discurso del Ingeniero de Minas Santiago Ra- mirez.....	26
Discurso del Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Oroz- co.....	49
Discurso del Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González.....	53
La Oliva del Tepeyac.— Soneto por el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis, Dr. D. Ignacio Mon- tes de Oca y Obregón.....	66
Virgo Parens.— Himno del Sr. Canónigo Dr. D. Leopoldo Ruiz.....	67